EL ARTE Y SUS ALREDEDORES

La Exposición Nacional

Una profecía que los hechos han confirmado

Sabiendo lo que tenía que suceder, escribí en 1.° de enero del año actual un artículo, al cual pertenece el siguiente párrafo: «Al desear que la Exposición Nacional sea la más notable de las celebradas, sólo pedimos que la superioridad de al traste con las maniobras de las camarillas de electoreros que en los Centros llamados artísticos operan lejos de la equidad y de la justicia. Vengan Jurados de Real orden, que sientan la idea de la responsabilidad, ajenos al coro de mendicantes y de intrigantes, no han de faltar unos pocos hombres en quienes se junte la competencia con la honradez, para garantía de la misión que se les encomiende.»

Que entonces vi claro, el tiempo acaba de confirmarlo. Pero, profecías aparte, quiero contestar a la carta que D. Pedro García Camio envió el sábado último al director de EL IMPARCIAL. No respondería si no hubiera *en ella líneas «disparadas» contra mí.* Una cosa es la rectificación a cargo del periódico, y otra la réplica que debo oponer a las afirmaciones gratuitas o inexactas del Sr. García Camio.

Dice este: «Respecto a la labor de la Asociación de Pintores y Escultores, en lo que se refiere a la Exposición Nacional, puedo afirmar al Sr. Vegue que, a lo menos desde que tomé posesión de la Secretaría, no ha intervenido absolutamente en nada.»

¿En nada? Requiero desde aquí a D. Federico Marés (que en sus declaraciones en la Prensa de ayer acusa al caciquismo artístico de Madrid de la derrota sufrida por Mir); el Sr. Marés puede contar «cosas», ya que ha sido el delegado del Círculo Artístico de Barcelona. Hay más, sin embargo. Las manipulaciones del Sr. García Camio son del dominio público. En poder de la Asociación de Pintores y Escultores los *votos remitidos de Cataluña,* había que averiguar si venían legalizados. Parece que la operación se hizo mirando los sobres al trasluz de la claridad de una bombilla eléctrica. De la inspección ocular parece también que se estimó urgente la necesidad de un viaje a Barcelona para traer los votos legalizados. Hacían falta unas pesetas, y se recolectaron. ¿Quién fue a la ciudad condal, Sr. Camio? En el Círculo Artístico darán razón. La escena anteriormente transcrita merece figurar en un capítulo de la picaresca. Si tuviéramos delante los votos quizás señaláramos determinados detalles.

Continúa el Sr. Camio: «Afirma usted, señor Vegue, que de las medallas otorgadas, cinco lo han sido a pintores que son directivos de esta Sociedad; cierto. Pero, señor Vegue, usted olvida que esta Asociación lo es de Pintores y Escultores. Claro que si fuera de críticos de Arte, de seminaristas *o de hijos de cura, no hubieran obtenido* ninguna probablemente. Sí, Sr. Vegue, han sido premiados muchos de nuestros asociados. Lo mismo que en la última Exposición y en la penúltima, y en todas las Exposiciones. Lo lamentable sería que los socios de una Asociación de Pintores y Escultores no obtuvieran recompensas en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes.»

No, Sr. Camio. No olvido, ¿cómo olvidar lo que es la Asociación de Pintores y Escultores? Cuando la fundó el Sr. Chicharro era algo en sustancia distinto de lo que es ahora. Muchos artistas de fama, o no figuran en ella o se han dado de baja. No basta exhibir una lista surtida de nombres, en el ministerio, a los efectos de justificar la subvención de 4.000 pesetas de que la citada Asociación disfruta; precisamente lo que se censura es que, actuando al frente de ella D. Alvaro Alcalá Galiano, hayan sido premiados *varios miembros de la Directiva* por Jurados que son de la Asociación.

Algunas medallas de las concedidas en 1924 fueron adjudicadas, por artes del señor Alcalá Galiano, a compañeros suyos *en la Asociación:* ejemplo, las de los señores Martínez Vázquez y Camio. Don Julio Moisés no me dejará por embustero.

Que el Sr. Camio cante las excelencias del «específico asociacionista», está en su derecho. A lo que no hay derecho es a otorgar medallas a pintores mediocres, en perjuicio de otros mejores, y a que sean elegidos jurados artistas como D. Enrique Martínez Cubells y Ruiz, cuya historia en esa función no se recomienda por modelo de virtudes.

Lo incalificable es que a la sombra de la Asociación pueda el Sr. Alcalá Galiano lograr ventajas personales. Ya se hablará de éstas.

Que en una Exposición Nacional no alcanzaríamos premios los críticos de Arte ¡Ah, Sr. Camio! Usted, crítico de Arte en la *Gaceta de Bellas Artes,* órgano de la Asociación de Pintores y Escultores, recriminando a los demás, por obra de la propia obcecación, se condena a sí mismo.

Escriba cuanto le plazca, puesto que la profesión de escritor crítico es libre. Organice Salones de Otoño con la subvención del Estado y con los desechos de los estudios. Día llegará, y acaso muy pronto, en que lo de las 4.000 pesetas se acabe, porque la Real Academia de San Fernando se canse de informar en sentido favorable a su concesión. Yo, futuro académico, en opinión de usted, se lo anuncio a los efectos oportunos.

Angel VEGUE Y GOLDONI

×

Una carta de D. Joaquín Mir

«Señor director de EL IMPARCIAL.

Muy distinguido señor mío: Antes de ausentarme de Madrid, de donde salgo hoy, quiero rogarle a usted la publicación de esta carta, en la que va contenido el testimonio de mi gratitud por todas las atenciones y bondades de que aquí se me ha hecho objeto.

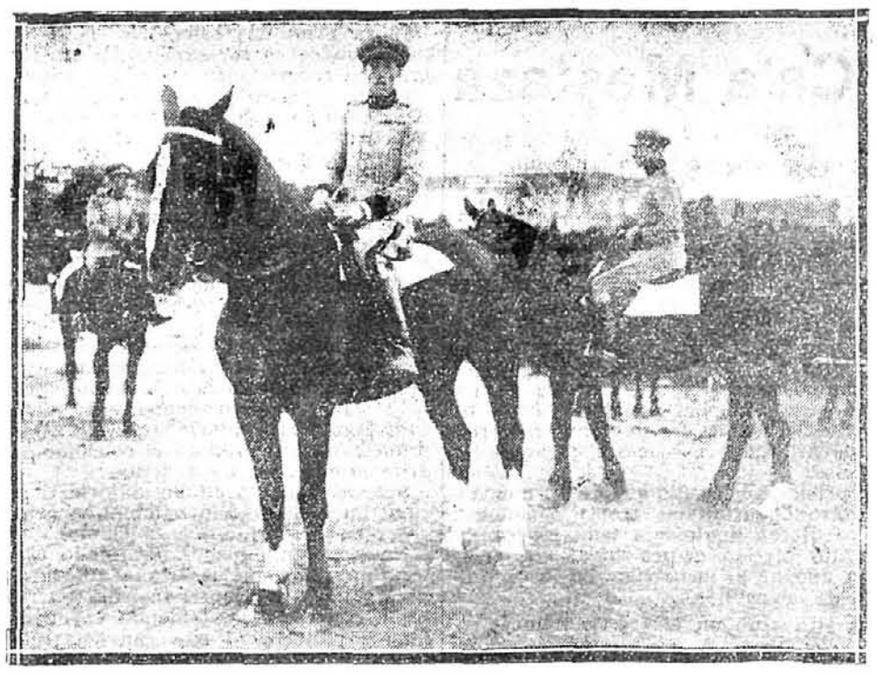
Le suplico, por tanto, me permita utilizar las columnas del diario de su acertada dirección para dar las gracias más sinceras a la Prensa, que de tal modo me ha estimulado en todo momento; a los artistas, que se han esforzado por hacerme grata la estancia en esta ciudad y que, honrándome después con su beneplácito, me han votado para la medalla de honor, realizando incluso viajes especiales e imponiéndose sacrificios materiales. Y, en fin, a todos cuantos me han demostrado su consideración y su cariño.

Dos cosas quiero destacar especialmente: la cordial acogida del señor director general de Bellas Artes, conde de las Infantas, y el acuerdo tomado por los artistas de ofrendarme una medalla por ellos sufragada. Este rasgo, que será en mi vida una emoción imperecedera, bastaría a compensarme de las amarguras que haya podido producirme una lucha a la que no estoy acostumbrado. Esa medalla, que exhibiré con orgullo, será el más alto galardón de mi carrera artística y la más preciada joya de mi casa.

Muy agradecido, señor director, se reitera *de usted, atento, s. s., q. e. s. m., Joaquín Mir.*

15-6-926.»

ESTE NUMERO ESTA VISADO POR LA CENSURA



El caballo Oleador, montado por D. Joaquín Sotto, ganador de la Copa de Madrid en el concurso hípico

MUERTE DE UN MEDICO ILUSTRE

El doctor Areilza

Traslado y entierro del cadáver

Bilbao 15.—En Portugalete, donde residía, falleció ayer el ilustre doctor en Medicina Sr. *Areilza, gran personalidad de la* ciencia médica y que gozaba en esta capital de gran prestigio y simpatía.

El cadáver ha sido velado por varias religiosas y amigos íntimos del finado. Durante la mañana se dijeron misas en la capilla ardiente, y a las diez y media, en la iglesia de Santa María, de Portugalete, se celebró un gran funeral, al que asistieron el alcalde de Portugalete, el presidente de la Diputación, D. Esteban Bilbao, acompañado de varios diputados, el alcalde de Bilbao y representaciones de numerosas entidades de Vizcaya.

Terminado el funeral, se organizó el traslado del cadáver a esta capital, lo que ha constituído una gran manifestación de duelo.

En las primeras horas de la tarde llegó el cadáver a esta capital, verificándose acto seguido el entierro, que presidieron todas *las autoridades locales y el obispo.*

×

El doctor Areilza había nacido en Abando el 7 de febrero de 1860. Empezó su carrera *en las minas de Triano, donde fundó un* hospital, adquiriendo en él la gran fama que tenía de cirujano, especialmente de traumatismos de cabeza.

Organizó varios institutos benéficos en Vizcaya, y en la actualidad era director del Hospital de Basurto, cuya organización admirable lo ha convertido en una Facultad regional.

El Sanatorio marítimo de Górliz es también obra de Areilza, quien por encima de su prestigio técnico era un hombre austero y de gran corazón. Era también un gran aficionado a los deportes, especialmente al alpinismo.

De su matrimonio con la condesa de Rodas deja tres hijos.

LAS TRAGEDIAS DEL TOREO

Entierro de Montes

Según estaba anunciado, a las diez de la mañana de ayer se verificó la conducción de los restos del desgraciado torero Mariano Montes desde la casa mortuoria al Puente de Segovia, para ser luego trasladados al pueblo de Portillo, donde nació.

A la hora indicada era de todo punto imposible circular por las inmediaciones de la casa del torero. Una verdadera muchedumbre, entre curiosos y admiradores, llenaba materialmente la amplia vía.

Venciendo las naturales dificultades se organizó el cortejo, marchando al paso, delante de la carroza, en dos filas, muchos toreros y amigos del finado, que llevaban las numerosas coronas recibidas.

En la carroza, arrastrada por seis caballos, se colocaron una corona de los padres y hermanos del pundonoroso lidiador muerto, y otra del Montepío de Toreros.

El féretro fué depositado en la carroza, porque, como se *sabe, está prohibido terminantemente* la conducción a hombros.

A ambos lados de la carroza, y hasta el final del cortejo, iban guardias del escuadrón de Seguridad cuidando del orden.

Detrás del fúnebre carruaje formaba el duelo, compuesto por el padre y un hermano del fallecido, el famoso ex torero Vicente Pastor, el compañero del finado en la trágica corrida, Antonio Sánchez; Poli, picador, y Pepillo, banderillero, por la Directiva del Montepío, y los matadores Chicuelo, Valencia II y Dominguín. Con ellos iba el leal mozo de estoques de Montes, «Lápiz».

El cortejo que marchaba detrás del duelo lo constituían varios miles de personas de todas las *clases sociales,* pero en su mayoría toreros, admiradores y amigos del finado y muchos vecinos de Portillo, que vinieron de este pueblo con el único fin de acompañar hasta el último instante los restos del paisano, que era queridísimo.

Nos abstenemos de citar nombres de los concurrentes a esta manifestación de duelo para no incurrir en omisiones.

En la plaza del Puente de Segovia hizo alto el cortejo, y una vez depositado el féretro en una camioneta del servicio de Pompas Fúnebres y de colocadas las coronas en varios automóviles de pasajeros, se efectuó la ceremonia de la despedida del duelo.

Seguidamente la camioneta que conducía el féretro partió carretera adelante seguida de varios ómnibus automóviles, que llevaban a los padres y hermanos del finado, otros familiares y muchos vecinos de Portillo *y amigos de Montes.*

La comitiva llegó a Portillo a las dos de la tarde. En las afueras del pueblo esperaba gran gentío. La mayoría de las casas lucían colgaduras negras.

Los restos del valiente torero toledano fueron recibidos por las autoridades y el clero parroquial con cruz alzada. Entonces se rezó un responso.

A las cinco se verificó el entierro, que fué presidido por los familiares del finado y las autoridades.

El entierro de Mariano Montes a su paso por la Cuesta de la Vega (Fot. Pla)

CEREMONIA PALATINA

El primer embajador de Cuba

Presentación de cartas credenciales

Con la acostumbrada solemnidad se celebró ayer en Palacio la ceremonia de presentar sus cartas credenciales a S. M. el Rey el actual representante de la República de Cuba en Madrid, D. Mario García Kohly, elevado recientemente a la categoría de embajador.

En la plaza de la Armería y en los alrededores del regio alcázar se había congregado un numeroso gentío a fin de presenciar el desfile de la brillante comitiva.

Minutos antes de las doce, y en una carroza de Tableros dorados, arrastrada por seis *caballos emmenachados con los colores nacionales,* hizo su entrada en Palacio el nuevo embajador, acompañado del primer introductor de embajadores, conde de Velle. Ambos diplomáticos vestían de uniforme, ostentando preciosas condecoraciones.

Junto al estribo derecho de la carroza iba el jefe de carrera, comandante de la Escolta Real D. Joaquín Fernández de Córdoba, y al izquierdo el caballerizo de Su Majestad, Sr. Gómez Acebo.

Daba guardia al nuevo embajador una sección de la Escolta Real, al mando del oficial D. Antonio Creus.

Precediendo a la carroza del embajador marchaban una carroza de Cifras, que conducía a los primeros secretarios de la Embajada; una carroza Amaranto, destinada a los agregados, y una carroza Corona ducal de respeto.

Al frente de la comitiva marchaban los batidores.

Todas las carrozas llevaban su correspondiente servicio de correos, postillones y palafreneros.

Al pie de la escalera que conduce a la *cámara regia fué recibido el representante* de Cuba por una Comisión de gentileshombres de S. M., formada por los señores Fernández de la Cueva, Hergueta, Sali del Sol y Serrano.

En la meseta de los Leones fué cumplimentado por los mayordomos de semana señores Sizzo Noris, Espeja, San Germán y Herrera Sotolongo.

Acto seguido pasó el Sr. García Kohly al salón del Trono, donde tuvo efecto la presentación de credenciales.

Su Majestad el Rey vestía uniforme de media gala de capitán general del Arma de Infantería y ostentaba las insignias del regimiento Inmemorial, Toisón de Oro y *la banda del Mérito militar roja.*

A su derecha se hallaba el Gobierno en pleno, de uniforme.

A la izquierda del Trono se situaron las clases de etiqueta y detrás los jefes de Palacio duque de Miranda, marqués de Viana y comandante general de Alabarderos, Sr. Zabalza, y enfrente los mayordomos de semana señores Abella, vizconde de Cuba, condes de Berberana y de Santamaría de Paredes, marqués de Fuente el Sol, D. Alvaro Coello, D. Alejandro Castro y varios gentileshombres.

Asistieron al acto los grandes de España duques de Parcent y Sevilla, marqués de Santa Cruz (de guardia con SS. MM.), Perijaa y Romana y condes de Peralada y Moriles.

El nuevo embajador hizo entrega al Soberano de las cartas credenciales que le acreditan en la corte española como embajador *extraordinario y plenipotenciario* de su país. A su vez el Monarca las depositó en manos del ministro de Estado.

Discurso del embajador

El discurso leído por el Sr. García Kohly fué el siguiente:

«Majestad: El Congreso de mi país y el honorable jefe del Estado cubano, interpretando un sentido nacional, han querido—estatuyéndolo así por medio de una ley—, que la primera Embajada que la República de Cuba acreditara en territorio de Europa fuese establecida sobre el suelo ilustre de la nación progenitora y ante el Monarca que rige gloriosamente sus destinos; habiéndome dispensado el señor presidente de la República la singular distinción de designarme como su primer embajador extraordinario y plenipotenciario ante Vuestra Majestad, según lo atestiguan las cartas *credenciales que tengo al honra de poner en* vuestras augustas manos.

Bastaría, señor, el hecho que acabo de señalar como exponente demostrativo de los sentimientos que animan al Gobierno y pueblo cubanos, con relación a España y a la persona de Vuestra Majestad; pero séame permitido añadir que es sentida aspiración de mi país y de mi Gobierno no sólo acentuar y fortalecer aun más, si posible fuere, esos vínculos afectivos que nos unen a la nación de la que descendemos, a virtud de razones morales de raza, de idioma y de mentalidad sino, al propio tiempo, afirmar, en la efectividad positiva de una relación *económica, inspirada en una mutua* equidad y de consideración recíproca de trato, aquellos vínculos permanentes y altísimos que la comunidad de origen crea y que el afecto impone.

Para realizar tan elevados propósitos me ha designado el señor presidente de la República, atendiendo, sin duda, de modo exclusivo, al conocimiento que tiene del sentido fervor que, por íntima y profunda convicción patriótica, he puesto siempre en mi actuación en mi palabra y en mi espíritu, al laborar por la recíproca conveniencia de una fecunda y transcendental obra de compenetración hispanoamericana no sólo en los conceptos ideales, sino también en las realidades positivas y en las afirmaciones prácticas, y por saber, además, el honorable primer magistrado de mi país y su Gobierno la bondadosa consideración y las reiteradas y delicadísimas deferencias con que *me ha honrado Vuestra Majestad* y a las que corresponden con obligados sentimientos, mi admiración y mi acendrada gratitud.

Aspiro, señor, en el nuevo cargo con que me ha enaltecido la confianza del ilustre jefe del Estado cubano, a seguir obteniendo esa misma benevolencia e idénticas facilidades para el éxito de mi delicada misión en esta noble tierra, y ruego a Vuestra señor presidente de la República de Cuba señor presidente de la República de Cuba el deseo sincero que le anima, y que he reflejado en las mías de estrechar los nexos de amistad que felizmente existen entre los dos países.

Por lo que a mí respecta permítame Vuestra Majestad asegurarle que estaré persuadido de recoge de modo cabal un latido del corazón cubano y una palpitación de nuestra alma nacional y de ser exacto intérprete y leal vocero de los sentimientos personales más arraigados e íntimos del honorable presidente de la República y de su Gobierno, cuando formule los más sinceros votos por la grandeza, en todos los *órdenes, de la nación hispana, así como* por la ventura personal de Vuestra Majestad y de su Real familia y por la gloria de vuestro augusto nombre.»

Contestación del Rey

Su Majestad contestó con el siguiente discurso:

«Señor embajador: Con suma complacencia recibo las cartas en que el señor presidente de la República de Cuba os acredita como su embajador extraordinario y plenipotenciario cerca de mi persona.

El acuerdo del Congreso de vuestro país de elevar a la categoría de Embajada la representación diplomática de Cuba en Madrid *ha producido en mi ánimo* viva satisfacción. Al adoptar tal decisión, correspondió, sin duda, la República de Cuba a los sentimientos de sincera amistad y profundo afecto que le profesan España y su Rey. Ningún testimonio afectivo podría yo estimar más que el hecho a que os referís de ser la Embajada de Cuba en mi corte la primera de las establecidas en territorio europeo.

Aludís con acierto, señor embajador, a la conveniencia de robustecer los vínculos espirituales que unen a los dos países y de fomentar las relaciones económicas que vienen manteniendo; para ello, como aspiración nuestra también, podréis contar, desde luego, no sólo con mi apoyo, sino con el concurso, decidido y constante, de mi Gobierno.

España contempla con legítimo orgullo la pujanza adquirida ya por la nación cubana, *la más joven de sus hijas de América,* y desea para ella un luminoso porvenir.

Espero, señor embajador, que vuestra misión, bajo tan favorables auspicios comenzada, logre una feliz realización y llegue a alcanzar el más beneficioso resultado para las relaciones entre los dos países. Os doy mi parabién por vuestra designación, que he acogido con viva simpatía, y al agradeceros los sentimientos que respecto de mi persona manifestáis, os ruego que seáis intérprete cerca del señor presidente de la República de Cuba, de los sinceros votos que formulo por su ventura personal y por la prosperidad y grandeza de la noble nación cubana.»

Final de la ceremonia

Terminados los discursos, el Soberano descendió del trono y conversó con el señor García Kohly, saludando este al Gobierno y a los jefes de Palacio.

Seguidamente, el nuevo embajador, acompañado del primer introductor de embajadores, conde de Velle, pasó a ofrecer sus respetos a la Reina doña Victoria. Acompañaban a la Soberana la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos; el mayordomo mayor, marqués de Bendaña; grande de España marqués de Santa Cruz, dama de guardia, duquesa de Vistahermosa, y dama particular, señorita Carolina Carvajal.

Después cumplimentó a la Reina doña Cristina en sus habitaciones, acompañada de la camarera mayor, condesa de Heredia-Spínola, mayordomo mayor, duque de Sotomayor; grandes de España de guardia, duques del Infantado, y dama particular, marquesa de Moctezuma.

Terminadas estas visitas protocolarias, el Sr. García Kohly abandonó el regio alcázar con los mismos honores que recibiera a su llegada.

Los Reyes, Infanta doña Isabel y varias dama de la aristocracia presenciaron el desfile de la comitiva desde la meseta principal de la *escalera conocida por el «Camón».*

Rindieron honores al nuevo embajador, en la plaza de la Armería, tropas del regimiento de Wad-Rás, reforzadas con dos compañías de Saboya y León, una *batería* de Artillería y la sección de Húsares de Pavía, de guardia.

Desde las ventanas de sus habitaciones particulares contemplaron el desfile las In-

© Biblioteca Nacional de España